

---

Bruce Swansey

---

# Una despedida vagamente teatral

---



Para Claudia Albarrán

## I.

Fue aquí. Estaba de pie, frente a la carroza. Habían abierto las puertas, así que se acercó a tocar el féretro a manera de despedida. Sin embargo, al posar la mano sobre el ataúd respiró un olor nauseabundo, de carroña, de fiambre descompuesto, que le penetró la nariz golpeándole el paladar. La contundencia del olor llegó hasta el cerebro, asestándole otro golpe en la parte superior del cráneo, desde donde reverberó hasta la nuca en ondas paralizantes. No pudo tocar la caja, que de pronto se había convertido en un objeto extraño, apenas el depósito de un cuerpo hinchado que se estremecería entregado a los gusanos y a la noche eterna de la tierra. No supo cuánto tiempo pasó hipnotizado frente al cajón. Debe haber sido apenas unos segundos, los suficientes para que el corazón se desbocara y pudiera sentir la sangre agolpándose en las venas, el sonido agudo de un silbato en tercer plano, más allá de la suprema hediondez. Para respirar de nuevo fue preciso alejarse precipitadamente de allí, correr hasta donde el aire estuviera libre de aquella descomposición.

Pero era imposible. Todo estaba apestando y la luz del mediodía aparentaba un halo amarillo que envenenaba la atmósfera. Fueron instantes, pero bastaron para impregnarlo todo de una vergonzosa suciedad. Con el olor enterrado en la parte anterior del paladar, mientras el coche seguía la camioneta silenciosamente, reconstruyó el proceso que media entre el cadáver y la carroña.

## II.

Desde las tres hasta las siete de la tarde se mantuvieron atentos al teléfono. Incapaz de dominarse, ella hacía llamadas intermitentes a Santa Fe del Cabo, hasta que a las siete treinta recibieron una llamada: papá estaba muerto. Ella se incorporó, fue hasta la cocina por un vaso de agua, se tomó temblorosamente el cuarto calmante e inmediatamente después rompió a sollozar.

Él lo imaginó tendido, la sal esparciéndose sobre la frente, cubriéndole las sienes y añadiendo un gusto acre a sus labios. Estaría dignamente recostado sobre la arena, pendiente aún del rumor del oleaje. Ahora mismo acaso lo oiría a distancia, o estaría confundiéndose con el agua, tranquilamente devuelto a su medio natural, los ojos, el corazón, los pulmones llenos de mar. Escuchó los chillidos de las gaviotas, vio su sombra deslizándose rápidamente sobre la arena dorada, distinguió los pelícanos clavándose entre los lomos espejeantes. Nada qué apresar en el trazo efímero de las olas, la arena y el viento.

## III.

No hubo vuelo disponible para esa noche, en la que todo tenía un aire vagamente teatral. Los parientes llegaron con una actitud contrita, en el rostro la expresión de quien se arrepiente por algo que no ha cometido, algunos solícitos como si todo se sostuviera del pelo de su eficacia. Cada uno cumplía con su tarea en medio del general

acuerdo, pero la atmósfera diáfana de una muerte lejana se oscurecía con la ropa y los gestos. El batir de un ala gigantesca precipitó el sol en el mar. Entonces, sin que nadie le hubiera dicho cómo actuar, se abandonó a la tristeza que siempre despierta contemplar una fotografía. Era, había sido su padre. Aparecía rígido como una estaca, el ceño contraído por la luz, captado con una expresión insatisfecha para la eternidad. No pudo evitarlo. Las lágrimas fluyeron agolpándose con la inminencia de un estornudo y cumplió con lo que el reparto, tan sabiamente elegido, esperaba de él: lloró hasta empañar la imagen.

#### IV.

Las horas transcurrieron lentas hasta el amanecer, cuando partieron hacia el aeropuerto. El coche avanzó mullidamente, especie de dirigible con alas pasado de moda, batimóvil automático del que salieron en silencio para abordar un jet lechero con destino a Santa Fe del Cabo. Tanta claridad cegaba. A medio curso, el sol hería los ojos con una luz extrema reflejada en la tierra árida y caliza, espejo implacable del desierto cercano que volvía la atmósfera cristal. El calor era agobiante, irrespirable la atmósfera de fuego. Treinta y ocho grados a la sombra convertían el pavimento en una masa chiclosa de la que se alzaba vaho ardiente. No había nube que perturbara una transparencia maldita, ni árbol que opusiera la magra resistencia de su follaje. Los ojos ardían en sus cuencas. La luz inclemente los siguió desde el aeropuerto hasta el pueblo y en la oficina con muebles verde olivo y paredes color pistache, el aire se detuvo. Urgía cumplir con los trámites porque en Santa Fe del Cabo no había servicios de refrigeración, pero el día se arrastró hasta las ocho de la noche, cuando el último sello fue convenientemente



estampado. Entonces se retiraron a una noche insomne. A la mañana siguiente una camioneta condujo el cadáver al aeropuerto. Fue necesario fracturarle las piernas porque no cabía en los ataúdes disponibles y no era tiempo de encargar uno especial.

#### V.

El entierro se demoró a la espera de parientes que debían llegar ese día. El reparto aumentaba llenando la sala del velatorio. En el centro se erguía el ataúd de hierro sellado, alrededor del cual se esparcía la fragancia de los ramos de rosas que rivalizaban con el formol, embalsamando la atmósfera con la dulce corrupción de sus pétalos, ajados por el calor. Las flores languidecían, parpadeaban los cirios esparciendo su chamusquina crepitante de cera rancia. El entierro sería a las doce del día siguiente y en el silencio de esa última noche percibió cómo el cadáver se inflaba y debatía, pugnando por ampliar las estrechas paredes forradas de raso blanco corrugado; lo imaginó explotando contra la tapa en medio de gases letales, deshaciéndose entre los crujidos de una piel supurante a través de la cual se abrían paso las vísceras. El murmullo de los rezos llegaba atenuado hasta esa isla de olores confundidos, de perfumes abruptamente cercenados por la ácida marea de la muerte sin pudor.

#### VI.

Aquí fue. Los cipreses alargaban sus siluetas recortándolas contra el medio día, alargándose hacia la indiferente transparencia de otro día igual a ayer, idéntico a mañana. El césped continuaba creciendo en medio de las tumbas, ignorantes del tiempo. De la camioneta abierta escapaba el aire impregnando su ropa, alojándose en el más secreto resquicio de su cerebro. Sin haber podido posar la mano sobre el ataúd, regresó al auto convencido de que habían robado al mar un cuerpo suyo, que ahora se vengaba hinchándose, gimiendo con agudos lamentos de carne reventada. La camioneta ascendió hasta el lugar indicado y cuatro mozos con pañuelos cubriéndoles bocas y narices procedieron a descargar el féretro, que transportaron a la fosa, dejando una estela densa que impedía seguirlos de cerca. El sermón fue breve, las paletadas prestas para cubrir la demente atrocidad de un cadáver que se ha vuelto carroña.

Al final, observando la placidez de los monumentos y más abajo la ciudad perdida en la lejanía, ella, que había volteado hacia el valle, dijo:

—Desde aquí tendrá una vista hermosa.

Él pensó únicamente en el horror entregado al silencio habitado por larvas, en el blando festín de una noche que culmina en polvo, en la violenta desintegración que anula todo sentido y, tomándole las manos y mirándola fijamente a los ojos, le contestó:

—Sí, como a él le hubiera gustado.

Arriba, el cielo se abría como una inmensa herida de luz. ◊